



Érase una
vez...



El paje Federico
en París

Habían pasado pocos días desde que Federico y los Reyes Magos habían regresado de su largo viaje por todo el mundo repartiendo regalos.

Federico, estaba en el jardín jugando a fútbol con otros pajes cuando llegó Gaspar y le dijo:

-Federico, ha llegado una carta para ti

-¿Para mi? ¡Qué ilusión!

Gaspar le entregó la carta a Federico y éste abrió rápidamente el sobre.

Se moría de ganas por ver quién le había escrito.

Querido Federico,
Soy tu primo Daniel. Hace muchísimo tiempo que no nos vemos. Quería invitarte a pasar unos días en mi casa en París. ¡Espero que puedas!

Un abrazo,

Tu primo Daniel

Cuando Federico terminó de leer la carta, empezó saltar de alegría.

Quería mucho a su primo Daniel y de pequeños eran inseparables.

Pero cuando Daniel se fue a vivir a París con sus padres dejaron de verse tan a menudo.

Ahora que Federico vivía en Oriente con los Reyes Magos, sólo le veía cuando le visitaban la noche de Reyes, pero Daniel estaba dormido,

así que no podían jugar juntos.

Gaspar miraba a Federico con curiosidad.

-Veo que la carta te ha hecho mucha ilusión.

-¡Sí! -dijo Federico. ¡Es de mi primo Daniel! Me invita a pasar unos días en París con su familia. ¿Puedo ir, porfa?

-Claro, Federico. Estaremos encantados de que pases unos días con tu primo y tus tíos.

Pasó una semana y Federico ya tenía todo preparado.

En la maleta había metido ropa de abrigo. Sabía que en enero haría mucho frío en París.

-Guantes, bufanda, jerséis... Creo que lo tengo todo -dijo Federico

-¡Ah! ¡El medallón!

Casi se le olvidaba el medallón que le había regalado Baltasar en su cumpleaños.

Era un medallón mágico que le permitía ir a donde quisiera con sólo ponérselo y tocarlo.

Necesitaba el medallón para poder viajar a París.

Con todo su equipaje listo, Federico bajó corriendo la escalera del palacio y fue al gran salón a despedirse de los Reyes Magos.

-Pásalo muy bien Federico -le dijeron los Reyes mientras le abrazaban.

Federico cogió su maleta con una mano y el medallón con la otra y pronunció las palabras:

-Quiero ir a casa de mis tíos en París.

Un segundo después, apareció frente al portal de la casa de sus tíos... No se lo podía creer...

Aunque ya había utilizado la magia del medallón otras veces, todavía le seguía dejando alucinado su poder. Un poco nervioso por la emoción, llamó al timbre.

-¿Quién es?- dijo una voz de mujer

-Soy yo, Federico.

El niño subió en el ascensor y vio que sus tíos y su primo estaban en la puerta, esperándole.

Rápidamente se lanzaron a abrazarle.

Federico no podía estar más contento.

Sus tíos habían preparado una riquísima merienda y estuvieron recordando viejas historias de cuando Daniel y él eran pequeños.

-Mañana iremos a visitar la Torre Eiffel, ¿te apetece Federico? le dijo Daniel.

-¡Sí!, me hace mucha ilusión. Nunca he subido y me encantaría.

Al día siguiente, disfrutaron del rico desayuno que les había preparado su tía:

Tostadas con mantequilla y croissants.

La casa estaba cerca de la torre Eiffel y los tíos dejaron que los niños fueran solos a visitarla.

Muy contentos, se abrigaron bien y salieron de casa.

Caminaron durante un par de minutos y enseguida, entre dos bloques de edificios, Federico vio la preciosa Torre Eiffel.

Siguieron andando un poco más hasta llegar al río Sena.

Las vistas desde allí eran preciosas. Tenían el río delante y justo al otro lado del río la impresionante Torre Eiffel. Cruzaron el río por el puente hasta llegar al otro lado.

-¡Qué alta! - exclamó Federico

-¿Quieres subir? -Le preguntó Daniel
-Claro, me encantaría. Los niños se montaron en un gran ascensor y subieron por el interior de la torre.

Cuando llegaron arriba las vistas eran impresionantes. Se veía todo París. Federico estaba maravillado y no podía dejar de mirar.

De pronto, se fijó que su primo estaba un poco más atrás hablando con unas niñas.

-Ven Federico
-le dijo. Ésta es mi amiga Natalie. Vamos a clase juntos y ella también está aquí con su prima Marie que ha venido de visita.

Hola -les saludó Federico.
-¿Te está gustando París?
-le preguntó Natalie.

-¡Sí! Sobre todo estas vistas tan impresionantes.

-Vamos a hacernos una foto todos juntos, -dijo Marie sacando una cámara de fotos de su mochila.

La niña, dejó su mochila en el suelo y pidió a una señora si podría hacerles una foto.

Después un rato haciéndose fotos, los niños decidieron bajar.

Cuando llegaron abajo, de pronto Marie soltó un grito:

-!Ohh! Se me ha olvidado la mochila arriba. Ahí tengo mi pasaporte, tengo que volver a buscarla.

-Te acompañamos no te preocupes -dijeron todos.

Así que los cuatro niños volvieron a subir de nuevo en el ascensor.

Cuando llegaron arriba, Marie fue corriendo al lugar donde había dejado la mochila pero allí no había nada.

Empezaron a mirar por todas partes cuando vieron una mochila en el suelo, en una esquina. Era parecida a la de Marie pero no era la suya.

Triste, Marie seguía buscando cuando vio a una niña que llevaba su mochila y se estaba montando en el ascensor. Fue corriendo hacia ella pero las puertas se cerraron y el ascensor empezó a descender.

-¿Qué ocurre?- le preguntó Natalie.

-En ese ascensor hay una niña con mi mochila. Seguro que la ha confundido con la suya - dijo señalando la mochila en el suelo.

-No te preocupes, bajaremos en el siguiente ascensor y llevaremos su mochila, así se la daremos a la niña y tu recuperarás la tuya.

Los minutos de espera hasta que pudieron montarse se hicieron larguísimos.

Para cuando llegaron no había ni rastro de la niña. Los cuatro miraron por todos los alrededores pero no la encontraron.

Muy apenados, se dirigieron hacia el puente para volver a cruzar el río Sena en dirección a casa.

¡Mirad!- gritó Federico señalando un barquito lleno de gente.

-Es un Bateaux Mouche - explicó Natalie. Hacen excursiones por el río Sena.

-La niña de la mochila está montada en él. Todos miraron y efectivamente,

la niña que llevaba la mochila de Marie estaba montada en el barco que se alejaba por el Sena.

-No te preocupes- dijo Daniel mirando a Natalie
-Nos montaremos en el siguiente y la seguiremos.

Los niños compraron los billetes y se montaron apresuradamente en el barco.

A lo lejos todavía veían a la niña montada en el barco que había salido unos minutos antes.

Enseguida el barco empezó a navegar.

-No te preocupes- le dijo Daniel a Marie, ya verás como recuperamos tu mochila.

Marie sonrió.

A pesar de que estaban nerviosos por recuperar la mochila, los niños disfrutaron mucho de su viaje por el río.

Las vistas desde el barco eran espectaculares: los edificios, los puentes....

-Qué bonito es París- pensaba Federico.

-Mirad- dijo Natalie señalando a su izquierda -ese es el Museo del Louvre.

Federico sabía que ése era uno de los museos más importantes del mundo y que en él había algunas de las obras de arte más importantes de la historia.

Siguieron navegando y pronto vieron cómo el barco que seguían se detuvo en el embarcadero. La niña de la mochila se estaba bajando.

Si se baja ahí, seguro que es porque va a Notre Dame -dijo Daniel señalando la impresionante Catedral que se encontraba en una pequeña Isla dentro del río Sena.

En cuanto el barco se detuvo, los niños bajaron de un salto y empezaron a correr hacia Notre Dame.

Era impresionante. Los niños se separaron y cada uno empezó a buscar por un lado de la plaza.

Minutos después se volvieron a encontrar pero ninguno había tenido suerte. No había forma de encontrar a la niña entre tanta gente.

Entraremos en Notre Dame -dijo Natalie con decisión.

Llevaban ya un rato buscándola. Ya estaban empezando a desanimarse cuando Marie, distinguió su mochila entre un grupo grande de turistas.

¡Es ella!- dijo señalando hacia la multitud.

Todos miraron y Marie empezó a correr en dirección a la niña. Los demás le siguieron.

Cuando llegaron a ella, Marie le explicó lo sucedido. La niña sorprendida se quitó la mochila y al mirarla se dio cuenta de que efectivamente, no era la suya.

-Lo siento mucho -dijo la niña avergonzada y entregándole la mochila a Marie.

-No te preocupes, la verdad es que son parecidas y es fácil confundirse. Toma, aquí está la tuya -dijo Marie entregándole su mochila.

Después de despedirse, salieron de Notre Dame.

-Estoy agotada -dijo Natalie sentándose en un banco

-Yo me muero de hambre dijo Daniel.

-Se me ha ocurrido una idea. Esperadme - les pidió Marie haciéndoles un gesto con la mano.

Marie se alejó y desapareció entre la multitud. Todos se miraron extrañados...

Al cabo de unos minutos volvió a aparecer y a todos se les iluminó la cara al ver lo que traía.

- Crepes de Jamón y queso para todos- Dijo Marie.

¡Qué ricos! - Muchísimas gracias Marie- dijeron los niños.

Al cabo de un rato Daniel dijo:

Tenemos que volver a casa Federico. No quiero que mis padres se preocupen.

Los niños se despidieron -¡Hasta la próxima! - les dijo Federico

Estaban agotados, pero encantados por la aventura que habían vivido ese día.

Federico disfrutó mucho de los siguientes días en París con su primo Daniel.

Visitaron muchos más sitios interesantes: El arco del triunfo, los campos Eliseos o el barrio de Montmartre.

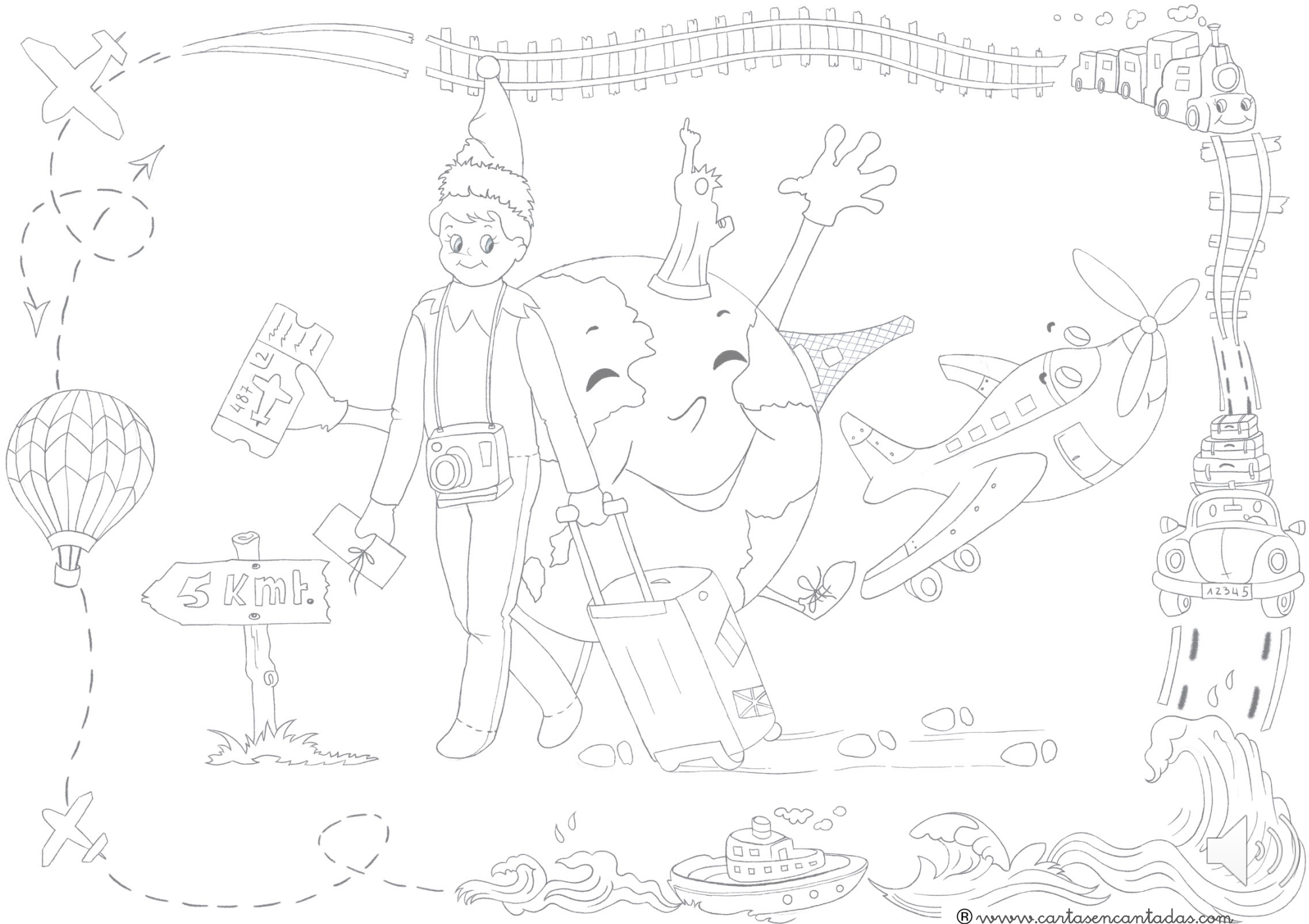
El día de su regreso, Federico dio las gracias a sus tíos y se despidió de su primo con un fuerte abrazo.

Después agarró el medallón y dijo:

-Quiero volver al palacio de Oriente. Y sin más, desapareció.

Y colorín colorado, este cuento encantado se ha acabado.

FÍN.





Cartas Encantadas

